

## ▪ 2 ▪

### CRISTIANISMO NO DENOMINACIONAL—

# ¿ES POSIBLE?

J. N. Armstrong

Muchos de los maestros de la actualidad les enseñan a las personas a hacerse cristianas, y después les enseñan a «hacerse miembros de la iglesia de su preferencia». Reconocen de este modo que los hombres llegan a ser cristianos por un proceso separado y aparte de su afiliación denominacional —reconocen que uno puede llegar a ser cristiano, y nada más que cristiano, sin el concurso del denominacionalismo e independientemente de este. Por lo tanto, no tienen que argumentar ni probar que, según la enseñanza popular de la época, lo primero que ha de hacer el que desea convertirse en adorador de Dios, es hacerse cristiano.

Tampoco tengo que probar que, según la enseñanza popular, las personas no solamente se hacen cristianas primero, sino que también son salvas por la sangre de Jesús, que son compradas y redimidas por el precio que se pagó, el precio de la sangre del Cordero de Dios, y que todo esto ocurre antes de formar parte de una denominación. Las anteriores son todas verdades aceptadas. No hay denominación en este país que reciba a alguien como miembro de su comunidad, sin antes comprobar que es cristiano, que es salvo. Los diferentes grupos religiosos se jactan de hacer un cuidadoso trabajo en este punto, recalando así su importancia. Haciendo a un lado, por el momento, la cuestión acerca de si estos maestros les dicen o no a las personas cómo hacerse cristianas, es reconocido por todos que las personas deben primero ser salvos, hijos de Dios, cristianos, para después ser denominacionalistas. Esta verdad reconocida es valiosa en este análisis; por lo menos nos sirve de punto de partida.

El reconocer que uno puede oír acerca de Cristo, venir a Cristo, aun a Su sangre, ser salvo, y tener su nombre inscrito en el libro de la vida del Cordero, sin que una sola mancha de denominacionalismo

le salpique, es reconocer mucho. Lo anterior es suficiente, también, para hacer que el que desea agradar a Dios se pregunte para qué existe todo este denominacionalismo al fin y al cabo. Entonces, la pregunta que debe debatirse es si este hombre salvo, si este hijo de Dios, si este cristiano, tiene que hacerse miembro de una denominación para pertenecer a una iglesia, para tener afiliación con ella y para ser alguien que asiste regularmente a sus reuniones.

No es asunto que se ponga en duda el que las tres mil almas añadidas al número de los discípulos el día de Pentecostés fueron personas salvas, cristianas; pues esto es lo que leemos: «Y el Señor añadía cada día a la iglesia los que [estaban siendo] salvos» (Hechos 2.47b). Tampoco se niega que estos discípulos estaban «unánimes», ni que estaban «perseverando [...] cada día en el templo [...] alabando a Dios» (Hechos 2.46–47a). Tampoco se niega que estas personas, que estaban «unánimes» en el templo y «alabando a Dios», formaban parte de una iglesia, ni se niega que funcionaban como «iglesia», ni que todos estos discípulos pertenecían a esa iglesia. De hecho, podemos echar un vistazo a la historia de estas personas y hallar que dos de sus predicadores, Pedro y Juan, fueron encarcelados por predicar en el nombre de Jesús; y que después de varias consultas se les permitió volver «a los suyos» (Hechos 4.23), a quienes informaron de su experiencia como prisioneros. Luego ellos «habiéndolo oído, alzaron unánimes la voz a Dios», y oraron (Hechos 4.24); y «cuando hubieron orado, el lugar en que estaban congregados tembló [...] y hablaban con denuedo la palabra de Dios» (Hechos 4.31). Estas personas, por lo tanto, —estas personas salvas— se reunían, y funcionaban como asamblea adorando a Dios, alabándolo y elevando oraciones a Él. ¿Estaríamos equivocados al referirnos a tales reuniones como «reuniones de

la iglesia»? ¿Podría considerarse error el decir que estas personas salvas, reunidas de tal manera y adorando «unánimes», constituían una «iglesia», y que estaban realmente reuniéndose y adorando «tal como una iglesia lo haría»? Para no decir más de la cuenta ni sacar más conclusiones de las permitidas, apelamos una vez más a las Escrituras. Nos daremos por satisfechos si el Espíritu Santo usó el término «iglesia» para referirse a estas personas.

En aquellos días, como creciera el número de los discípulos, hubo murmuración de los griegos contra los hebreos, de que las viudas de aquéllos eran desatendidas en la distribución diaria. Entonces los doce convocaron a la multitud de los discípulos, y dijeron: No es justo que nosotros dejemos la palabra de Dios, para servir a las mesas. Buscad, pues, hermanos, de entre vosotros a siete varones de buen testimonio [...] a quienes encarguemos de este trabajo (Hechos 6.1-5).

Eligieron a los varones, y los apóstoles encargaron a estos del trabajo. Así, hallamos que estas personas de Jerusalén estaban reuniéndose nuevamente. Estaban activas, funcionando como asamblea, eligiendo obreros y encargándolos de cierto trabajo. («Trabajo de la iglesia», diría yo.) «Y crecía la palabra del Señor, y el número de los discípulos se multiplicaba grandemente en Jerusalén; también muchos de los sacerdotes obedecían a la fe» (Hechos 6.7).

El número de los discípulos se multiplicaba en Jerusalén. ¿Cómo nos podemos referir a ese grupo que estaba tan activamente ocupado en servicios religiosos —orando, alabando, predicando y salvando pecadores? ¿Estaremos preparados para referirnos a tal grupo con el término «iglesia»? ¿Diremos que en verdad hemos encontrado discípulos del Señor, hombres y mujeres salvos, que no eran más que discípulos del Señor y que estaban trabajando y adorando «tal como lo hace una iglesia», y que cada día se añadían más personas

salvas a ellos? Aunque estamos convencidos de que podríamos usar el término «iglesia» para referirnos a ellos, y que podríamos hacerlo sin temor a equivocarnos, menos temor deberíamos tener al hallar que así es como el Espíritu Santo se refiere a ellos: «En aquel día hubo una gran persecución contra la iglesia que estaba en Jerusalén» (Hechos 8.1b).

Es un hecho real que el mismo Espíritu Santo se refirió precisamente a estos hombres y mujeres —precisamente a estos discípulos que hemos visto reuniéndose para orar y adorar, para oír las prédicas del evangelio y para elegir hombres que ministraran a los pobres— como «la iglesia que estaba en Jerusalén» (Hechos 8.1, 11.22). Por supuesto que es suficiente. Toda persona salva que había en Jerusalén era miembro de una iglesia; sin embargo, no se puede afirmar que la iglesia que estaba en Jerusalén era una denominación. En efecto, toda denominación reconocerá que esta iglesia que estaba en Jerusalén, incluyendo a todos los salvos de la ciudad, constituía la iglesia de Dios. Por lo tanto, estos discípulos —estos cristianos, estos hombres y mujeres salvos— vivieron y murieron siendo nada más que los discípulos de Cristo, nada más que cristianos, y sin haber oído jamás de denominación alguna.

No hay duda, hemos hallado el cristianismo no denominacional puro y sencillo, el cual todo el mundo reconocerá como el cristianismo puro. Con este, hemos hallado al pueblo de Dios que era de un corazón y un alma; no había divisiones entre ellos; por el contrario, estaban «perfectamente unidos en una misma mente y en un mismo parecer» (1<sup>era</sup> Corintios 1.10). Esta fue la santa oración de nuestro Salvador: que todos los cristianos pudieran ser uno (Juan 17.20-21). Fue aquí cuando tal oración realmente recibió respuesta. Con el denominacionalismo, ¿cómo van a poder cesar alguna vez las divisiones —y cómo va a recibir respuesta la oración de nuestro Maestro? ■

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS